

fuer de hombre honrado detesto á los estafadores, y no me pesaría ver á uno de esos harbilindos sin fe ni ley, impíos y libertinos expuesto á la vergüenza pública una vez siquiera, para que sirviese de escarmiento á los otros... Pero desde aquí oigo vuestros caballos que se impacientan, señor vizconde.

En aquel instante llamaron á la puerta del gabinete.

— ¿Quién? preguntó Ferrán.

— La señora condesa de Orbigny, dijo el pasante.

— Suplicadla que aguarde un momento.

— ¿Es la madrastra de la marquesa de Harville? exclamó Saint-Remy.

— La misma; la he citado á esta hora, por lo cual, señor mío, soy muy servidor vuestro.

— ¡Cuidado con hablar una palabra de esto! dijo Saint-Remy en tono amenazador.

— Os he dicho, caballero, que un notario era lo mismo que un confesor. Ferrán tocó la campanilla y vino el pasante, á quien dijo que hiciese entrar á la condesa, y dirigiéndose luego al vizconde: Tomad esos 1300 francos, añadió, siempre servirán para dar una partida á cuenta á Mr. Petit-Jean.

La condesa de Orbigny, en otro tiempo madama Roland, entró en el instante en que Saint-Remy salía con las facciones contraídas por la rabia que le causaba el haberse humillado sin fruto alguno ante el notario.

— Buenos días Mr. de Saint-Remy, le dijo la condesa, hace un siglo que no habia tenido el gusto de veros.

— En efecto, señora, tampoco le habia tenido yo desde el matrimonio de la marquesa de Harville de que fui testigo, dijo el vizconde inclinándose y dando de repente á su rostro una expresión amable y risueña. ¿Habéis estado en Normandía desde entonces?

— Si, porque Mr. de Orbigny no quiere vivir sino en el campo; y lo que á él le gusta, eso me gusta á mí. Así es que soy una verdadera señora de provincia, puesto que no he estado en París desde el casamiento de mi muy querida hijastra con ese excelente Harville. Supongo que los veis á menudo.

— Harville se ha vuelto tan retirado y melancólico, que apenas se le ve en ninguna parte, dijo Saint-Remy con visible impaciencia, porque esa conversación se le hacía intolerable tanto por su inoportunidad, cuanto porque estaba presente el notario. Pero la madrastra de Clemencia orgullosa por este encuentro con una persona del mundo elegante, no se sentía dispuesta á soltar su presa.

— Supongo que mi querida hijastra no es tan uraña como su marido.

— Madama de Harville es sumamente amable y está siempre obsequiada, como debe estarlo una dama tan hermosa como amable pero temo, señora, que estoy abusando...

— De ningún modo: ¡qué disparate! es para mí una fortuna que estimo en mucho encontrar al elegante entre los elegantes, al rey de la moda: en diez minutos voy á estar al corriente de cuanto ocurre en París, como si nunca hubiera salido de aquí. ¿Y vuestro amigo el duque de Lucenay que también fué testigo de la boda de Harville?

— Siempre original: emprende un viaje para Oriente, y vuelve en el instante preciso para recibir por la mañana una estocada, que por fortuna ha sido leve.

— ¡Pobre duque! ¿Y su esposa? ¿tan bella y tan excelente?

— Bien sabéis, señora, que tengo el honor de contarme entre sus mejores amigos, y en este concepto mi voto sería sospechoso. Os ruego, que cuando volváis á Aubiers hagáis presente mis respetos á Mr. de Orbigny.

— Os aseguro que estimará muchísimo vuestro recuerdo, porque frecuentemente pregunta por vos, y le gusta tener noticia de vuestros triunfos: siempre dice que le recordáis el duque de Lauzún.

— Esa comparación es un elogio grandísimo; pero desgraciadamente para mí es más benévola que verdadera. Adiós, señora, y me despido porque no me atrevo á esperar que antes de marcharos me podáis conceder el honor de recibirme.

— Sería para mí un pesar grandísimo que os tomaseis la molestia de visitarme. Estoy aquí como de paso; mas si este verano ó en otoño pasáis por Aubiers, yendo á alguna de esas quintas en donde las más escogidas personas se disputan el honor de recibirlos, concedednos algunos días aunque no sea más que por la curiosidad que ofrecen los contrastes, y para que en la casa de unos pobres campesinos podáis reposar del atolondramiento de esa vida tan elegante y tan divertida, puesto que en donde vos estáis no puede haber sino fiestas y alegrías.

— ¡Señora!...

— No tengo necesidad de deciros cuánto gusto tendríamos en recibirlos, así Mr. de Orbigny como yo; adiós, caballero, porque temo que ese regañón bienhechor (señalando al notario) se impacienta con nuestra conversación.

— Al contrario, señora, muy al contrario, dijo Ferrán con un acento que redobló la ira de Saint-Remy.

— Confesad que Mr. Ferrán es un hombre terrible, repuso madama de Orbigny; pero id con tiento, pues si está encargado de vuestros negocios os reñirá á spera- mente: es un hombre inexorable; pero no, al contrario, para una persona como vos, tener por notario á Mr. Ferrán, es tener una certificación de buen sistema y de inalterable orden, porque ya se sabe que no deja hacer locuras á sus clientes: por eso no quiere ser notario de todos los que lo desean. ¿Sabéis, señor puritano, continuó dirigiéndose á Ferrán, que es una conversión estupenda la que habéis hecho? ¡Es una friolera! hacer prudente al elegante por excelencia, al rey de la moda!

— Precisamente es una conversión, señora: el señor vizconde sale de mi gabinete muy otro.

— ¡Si digo yo que hacéis milagros! Pero no lo extraño, porque sois un santo.

— Me aduláis, señora, dijo Ferrán con afectada modestia.

Saint Remy saludó profundamente á la condesa, y queriendo probar si ablandaría al notario, al tiempo de separarse de él le dijo con tono resuelto, mas no sin que se trasluciera su viva ansiedad: Definitivamente, mi querido Mr. Ferrán, ¿no queréis concederme lo que os he pedido?

— ¡Qué locura! De ningún modo, exclamó riéndose la condesa; sed inexorable, mi querido puritano.

— Ya lo oís, caballero, no puedo desairar á una señora como esta.

— Hablemos seriamente de las cosas serias, Mr. Ferrán, y bien sabéis que ésta lo es. ¿Os negáis rotundamente?

El notario fué bastante cruel para fingir que vacilaba, y el vizconde tuvo un momento de esperanza.

— ¿Es posible que vos, hombre de bronce, cedáis? exclamó la condesa. ¿Os doblegáis al encanto de ese joven irresistible?

— De veras, señora, que iba á ceder, pero vos me hacéis avergonzar de mi debilidad. Y luego dirigiéndose al vizconde con una expresión cuyo significado comprendió éste, le dijo: *seriamente* es imposible. No sufriré que por un capricho hagáis semejante calaverada, señor vizconde; yo me considero como tutor de mis clientes; no tengo otra familia, y me consideraría cómplice de las locuras que ellos hicieran.

— He aquí lo que se llama un puritano, dijo la condesa.

— Ved á Mr. Petit-Jean, continuó el notario; estoy seguro de que pensará absolutamente como yo, y que como yo os dirá *no*. Mr. de Saint-Remy salió desesperado; y después de un momento de reflexión dijo: *no hay remedio*. Luego hablando con el lacayo que tenía abierta la portezuela del coche le dijo: Al palacio de Lucenay.

Mientras que Saint-Remy se dirige á casa de la duquesa, oiga el lector la conversación del señor Ferrán con la madrastra de la marquesa de Harville, que no deja de ser interesante.

XVI

EL TESTAMENTO

Debemos suponer que el lector no habrá olvidado el retrato de la madrastra de Clemencia de Harville, hecho por esta misma, pero sin embargo repetimos que